



Revista de Ciencias Sociales (Cr)

ISSN: 0482-5276

revista.cs@ucr.ac.cr

Universidad de Costa Rica

Costa Rica

Moya Gutiérrez, Arnaldo

Historia, arquitectura y nación bajo el régimen de Porfirio Díaz. Ciudad de México 1876-1910

Revista de Ciencias Sociales (Cr), vol. III-IV, núm. 117-118, 2007, pp. 159-182

Universidad de Costa Rica

San José, Costa Rica

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15311812>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

HISTORIA, ARQUITECTURA Y NACIÓN BAJO EL RÉGIMEN DE PORFIRIO DÍAZ. CIUDAD DE MÉXICO 1876-1910

HISTORY, ARCHITECTURE AND NATION UNDER PORFIRIO DÍAZ REGIMEN. MEXICO CITY. 1876-1910

Arnaldo Moya Gutiérrez*

RESUMEN

Este artículo conjuga tres pilares capitales que procuraron legitimar al régimen instaurado por Porfirio Díaz, en México, entre 1876 y 1910. La tesis que se desarrolla en esta investigación es que en la segunda mitad del siglo XIX se llega a una síntesis histórica que concilia diversos pasados mexicanos y que en lo sustantivo traduce al estilo neoclásico el arquetipo arquitectónico que identifica al régimen.

PALABRAS CLAVE: MÉXICO * SIGLOS XIX-XX * HISTORIA * ARQUITECTURA * NACIÓN * DICTADURA * PODER

ABSTRACT

This paper combines three issues which try to legitimize the Porfirio Diaz Regime, in Mexico, between 1876-1910. The main idea in this research is that during the second half of the XIX century, we obtained the historic synthesis. This synthesis harmonizes many mexican pasts, and it translates the neoclassic-architecture style into the artistic tendency which is used to identify the regime.

KEY WORDS: MEXICO * XIX-XX CENTURIES * HISTORY * ARCHITECTURE * NATION * DICTATORSHIP * POWER

INTRODUCCIÓN

El régimen que presidió el general Porfirio Díaz, en México, por más de tres décadas es conocido como Porfiriato. Sus estudios convienen en reconocer tres etapas en su desarrollo. La primera etapa se extiende entre

1876-1888 y corresponde a la instauración del régimen. La segunda etapa la ubicamos entre 1889 y 1899. Esta etapa corresponde a los años medios del Porfiriato, donde se ensaya un nuevo proyecto de nación fundado en: “el orden y el progreso” como el lema de un gobierno liberal; en la paz que al fin se ha instaurado; en la Historia Patria como paradigma y en los nexos económicos que se establecen con el exterior. La combinación de estos factores hará parecer al período como un prodigio del crecimiento

* Escuelas de Historia y de Estudios Generales,
Universidad de Costa Rica.
amoya@fcs.ucr.ac.cr

económico dando pábulo a que los mexicanos considerasen al señor presidente como el dispensador de estos frutos. La tercera etapa que se extiende entre 1900 y 1910 es difícil de evaluar: el erario público sufre severas crisis que se hacen evidentes en 1900, 1902 y 1907 y empiezan ciertos brotes populares que demandan la ampliación de la base política y que desafían la autoridad del dictador. No obstante, pese a los factores que lo volvían impopular el régimen tendió a su consolidación a partir de la segunda etapa propuesta. Para procurar entender esta consolidación habría que recordar que con la restauración de la República, en 1867, después de la intervención francesa y del fallido Segundo Imperio, se empiezan a arraigar las bases más sólidas de la nación mexicana en virtud de la difusión que adquirió el “evangelio liberal”. La nación surge cuando los rasgos de su constitución han madurado en el seno de la sociedad. Los atributos que dan la posibilidad de existencia a la nación son: el territorio, el sentido de pertenencia, una épica heroica que exalta al pasado y la enseñanza de la historia como la constructora del “alma cívica de la nación” y como el paradigma edificante que sirve de modelo al ciudadano elector.

Liberales y conservadores, imperialistas y republicanos, monárquicos y detractores de todos los anteriores se convertirán, durante el Porfiriato, en ciudadanos. Estos ciudadanos, letrados o no, van a compartir una historia que al fin se ha unificado bajo la versión liberal de un proyecto de nación y que —en lo esencial— se deslinda de la versión predilecta de los conservadores. A mediados de la década de 1880 encontramos al régimen de Díaz apostando por el surgimiento de una historia nacional integradora y conciliadora y por la instauración de un gobierno de resultados concretos. Dentro de estos resultados concretos se contempla la integración de la historia patria a los currículos de primaria, secundaria y de enseñanza superior y el desarrollo de un programa que supuso la transformación urbana de la ciudad de México y de una arquitectura emblemática que, esquemmatizada en el Palacio Azteca de la Exposición de París, 1889, cristalizaba el surgimiento de una historia y una arquitectura ostensiblemente nacionales. Por emblemática entendemos

la razón artística que comprende los atributos de la nación vaciados en el *canon* arquitectónico. Fue esta una arquitectura magnífica y monumental que revela el momento que vive la nación y del cual debe rendir testimonio, el régimen, a la posteridad. La arquitectura emblemática del Porfiriato es el signo más visible con el que se presenta el régimen al público y rubrica la conjugación de la historia, las artes y el poder. En la segunda mitad del siglo XIX se inaugurarían nuevos métodos en la enseñanza de la historia patria y se lograría introducirla en los diferentes currículos¹. En el último tercio del Porfiriato la historia hecha monumento se hace presente y la obra arquitectónica conjugó, ante la mirada del transeúnte, una sensación de bienestar y holgura económica hasta entonces desconocida. La historia política posee una dimensión arquitectónica y monumental que no ha sido investigada en otras latitudes latinoamericanas, pues el texto arquitectónico se ha utilizado como apéndice o ilustración, nunca como documento o como la materia de la historia. Esta idea rompe con la concepción decimonónica de la historia política que en algunos sitios llegó —sin grandes fisuras— hasta después de mediado el siglo XX. La historia política en su acepción de historia del poder permite el uso de un acervo documental sin precedentes para la asunción de nuevos problemas y métodos históricos.

La historia política renovada se ha interesado en los actores políticos reales, en las ideas, los imaginarios y valores, sobre las prácticas políticas y culturales, sobre figuras como la nación o el Estado². La Viena de Francisco José y el París de Napoleón III sustentan este

1 Los textos de historia serán más profesionales y la enseñanza memorística pierde terreno poco a poco al privar un interés por la conformación de la nación y por exaltar los hitos históricos que apuntaban el surgimiento de esa nación. Esta problemática es revisada por Josefina Zoraida Vázquez al atribuirle al liberalismo ese complejo entramado que hace de la educación un pilar capital de la modernidad. Véase: Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, 2000: 51-141.

2 Guerra. *Los espacios públicos...*, 1998, 5-6.

argumento, pues ambas capitales imperiales devinieron en paradigmas de la modernidad. Con la debida distancia, la ciudad de México ilustra una problemática semejante a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Se podría afirmar que la modernidad política coincide con la modernidad arquitectónica. Guerra, excelso mexicanista ya fallecido, se dedicó a la primera y afirmó que “la historia política no sólo existe desde que existe la historia, sino que durante siglos ha sido la historia por excelencia o, incluso, la única historia”³. La historia política renovada —y ese filón que es la historia cultural— incorpora en su itinerario nuevas preocupaciones y la arquitectura emblemática constituye, en el último período del Porfiriato, un pilar capital que contribuye a la legitimidad del régimen y a la comprensión cabal de este período histórico.

Estamos interesados en develar el vínculo entre la historia patria, la arquitectura nacional como pedagogía y el impacto en el imaginario de los mexicanos. Los factores mencionados estaban favorecidos por la exaltación del nacionalismo que sigue a la expulsión del enemigo francés y al triunfo de los liberales en 1867.

1. HISTORIA

Los usos que se le atribuyeron a la historia en la segunda mitad del siglo XIX contribuyeron, ostensiblemente, al triunfo de la versión histórica liberal. Después de la guerra con los Estados Unidos imperó un nacionalismo a ultranza que provocó un “derrame generoso” de civismo en las “oraciones patrióticas” pronunciadas en septiembre, el mes de la patria. El denominador común fue que los liberales le imputaron toda la responsabilidad de la situación a la ambición de los conservadores y viceversa. Las distintas tesis que avalan el surgimiento de este nacionalismo decimonónico son revisadas por Josefina Zoraida Vázquez en *Nacionalismo y educación en México* (Primera edición 1970). Vázquez estudia las formas que

asume y los intereses que subyacen en la enseñanza de la historia desde mediados del siglo XIX hasta la primera época revolucionaria y da cuenta del empeño liberal por extender la educación y secularizarla, lo que supuso el abandono de las tesis propuestas por los conservadores en virtud del triunfo ideológico y militar de los liberales. A pesar de la tendencia descrita, antes del compendio histórico de Sierra (1894) todos los libros de historia centraban su atención en la conquista, la colonia y la independencia. Según Josefina Zoraida Vázquez, en estos textos [de acusado ancestro conservador] la conquista y la colonia se concebían como los generadores de la nacionalidad⁴. Salvo en el *México a través de los siglos*, como lo veremos más adelante, el acento estaba puesto en el enfrentamiento entre dos tradiciones distintas, la liberal y la conservadora, pero la década de 1880 vio florecer textos que pugnaban por exponer la “versión definitiva de la historia patria”. Ante ese fervor patrio enfatiza Vázquez que

No era extraño que los encargados de la educación sintieran la necesidad de intentar la uniformidad de la educación de todo el país. El primer Congreso Nacional de Instrucción que se llevó a cabo entre 1889 y 1891 centró su preocupación en la necesidad de “*uniformar* en toda la República la enseñanza primaria, caracterizándola como elemento nacional de fuerza de paz y progreso”. Se decidió que la historia era materia fundamental para la formación del carácter nacional y por tanto se prescribió como debía enseñarse [...] Aparecieron también los libros del presidente y vicepresidente del Congreso sobre la enseñanza de la historia: la Guía metodológica sobre la enseñanza de la historia de Rébsamen (1891) y los *Elementos de la historia patria* de Sierra (1894)⁵.

3 Guerra, “El renacer de la historia política...”, *Historias* 54, 2004: 3.

4 Véase: Vázquez. *Nacionalismo y educación en México*, 2000: 286-287.

5 Vázquez. *Nacionalismo y educación en México*, 2000: 287-288.

Para la América Latina, que ha sufrido toda suerte de revoluciones y de gobiernos a partir del rompimiento del vínculo colonial era un imperativo reseñar, primero, y luego enseñar, las vicisitudes de la historia política en las que se inserta el advenimiento del modelo republicano. Se explican los acontecimientos que engrandecen a la nación para incentivar la noción de pertenencia, se magnifican las hazañas de los héroes y se crea un panteón oficial. Sobre este tema también insiste Vázquez por cuanto a partir de la lucha de independencia empieza a aparecer una imagen de México. Esta es una imagen “vaga e imprecisa” por cuanto no existe todavía un proyecto hegemónico de nación. Los atributos que configurarán a la nación están por constituirse; la institucionalidad se está fundando, el territorio aun no ha sufrido su más grave cercenamiento y los partidos políticos están en pleno enfrentamiento. No obstante, a pesar de estas limitaciones, la nación hubo de edificarse sobre los mitos acuñados por Carlos María de Bustamante, pues como lo afirma Josefina Zoraida Vázquez dicho autor

Se dio clara cuenta de que hacía falta trasladar la antigua lealtad al rey a ese nuevo objeto que era la patria [...] Bustamante se convirtió en el “definidor” del concepto de un México hecho y acabado desde siempre, al que le pasaba ese algo que era su historia. La conquista, la colonia, la independencia no lo iban haciendo, México era un ente terminado desde el principio. De esta forma el concepto de nación sería prácticamente equivalente al del territorio. La estática y esencialista concepción de Bustamante tendría importantes consecuencias para la educación mexicana, como fundamento de la versión histórica transmitida en las escuelas públicas [...] Bustamante consideraba a la historia antigua como “la más importante de saber” y a través de sus libros este autor acuñó imágenes de nuestros héroes e inventó casi todos los mitos y anécdotas de la guerra de independencia, más tarde repetidos en los libros de texto⁶.

6 Vázquez. *Nacionalismo y educación...*, 2000: 39 y 45.

Algunos vieron en Bustamante a un mero propagandista de la épica insurgente, aunque la historia que se enseñaría en primaria y secundaria mucho debe a los mitos por él establecidos. Entre las *Mañanas en la Alameda* de Bustamante y el *México a través de los siglos* de Riva Palacio⁷ median poco más de 50 años. Mucha tinta y sangre se ha derramado por hacer triunfar tanto el proyecto de Estado de los conservadores como el de los liberales, pero aún así podríamos establecer un interesante parangón. El medio siglo transcurrido entre las dos obras confirma la hipótesis de que en esencia los planes seguidos por Bustamante y los propuestos por Riva Palacio, en sus respectivas obras, encierran ciertas semejanzas, toda vez que un “ente realmente existente y terminado desde el principio” o sea, la nación mexicana, atraviesa los siglos. La nación autodeterminada puede sufrir los embates de la conquista y la colonización, las invasiones extranjeras, los imperios y la lucha a muerte entre liberales y conservadores, pero la esencia de la nación es indivisible, irrenunciable y siempre perfectible. En vísperas de la Guerra de Reforma (1857-59) estamos en presencia de una conciencia definida por cuanto “se aquilataba la importancia de educar a los futuros ciudadanos en las nuevas ideas y estimular la lealtad a través de la enseñanza de la historia”⁸. Los libros de texto y los manuales de historia se enfocarán en este sentido, pero la historia resultante es una historia fragmentada. La hora de la integración y de la conciliación llegaría con el *México a través de los siglos* (1884-1889), en plena época de oro del Porfiriano.

7 Vicente Riva Palacio fue nieto de Vicente Guerrero, uno de los grandes héroes de la Guerra de Independencia. Fue hijo de D. Mariano Riva Palacio, famoso abogado y político liberal, que defendió a Maximiliano ante sus detractores. Vicente Riva Palacio fue, además, el coordinador y responsable de ese monumento a la historia de México que es el *México a través de los siglos*. Pieza clave del régimen de Díaz, en sus inicios, fue exiliado “voluntariamente” como Embajador Plenipotenciario en Europa.

8 Vázquez. *Nacionalismo y educación...*, 2000: 50.

En el caso mexicano la restauración de la República opera como una ruptura en cuanto a la enseñanza y difusión de la historia nacional que es asumida por el currículo de la enseñanza primaria como vía moralizante y ejemplar. La educación en general y la enseñanza de la historia en particular contribuirían a formar el “alma cívica de la nación” como muy bien lo expone Josefina Zoraida Vázquez⁹. De modo semejante, la historia, señala Roldán Vera,

Ha de cumplir su objetivo moralizante a través de la veneración de los héroes y la transmisión de los valores propios de los nuevos tiempos: el orden, la ciencia, el rechazo al fanatismo, el espíritu altruista de servicio a la humanidad y *el amor a la patria*. En secundaria y preparatoria la enseñanza de la historia tiene además la intención de mostrar la interpretación liberal, cargada de mitos que refuercen el nacionalismo entendido como *unidad* de todos los mexicanos ante un pasado común y como soberanía e identificación con lo propio del país como rechazo y defensa de la intervención extranjera¹⁰.

El primer tributo a la patria liberal y a sus héroes es de tipo literario: odas, discursos y apoteosis encargados a hombres de letras, a militares y a políticos de renombre. Fue también una tarea primordial de los incipientes Estados establecer la unidad nacional:

En el siglo XIX la historia va a ser uno de los medios más útiles y más utilizados para llevar a cabo la unidad nacional de los países que han sufrido la revolución de independencia. Será fundamentalmente a través del conocimiento de un pasado común como se busque crear una conciencia nacional que unifique e identifique

a los nuevos ciudadanos¹¹. [Es esto lo que se proponían las *historias generales* de Zamacois, Bancroft y Álvarez argumentando que en México no se había hecho, aun, una historia general. Este argumento, que no es casual, preparó el camino a la obra magna de Riva Palacio].

En cuanto a la enseñanza e interpretación de la historia, además de apoyarnos en las investigaciones de Vázquez, avalamos la periodización establecida en la *Historiografía Mexicana* bajo la coordinación de Ortega y Medina y Camelo (1996 y 1997). Esta obra reconoce para el período que estudiamos, al menos, dos etapas. La primera etapa se extiende entre 1821 y 1848 y el volumen correspondiente a este período se intitula: *El surgimiento de la Historiografía Nacional*. La segunda etapa se sitúa entre 1848 y 1884 y aparece en su volumen correspondiente bajo el nombre de: *En busca de un discurso integrador de la nación*. En medio de las dos etapas irrumpe la guerra contra los Estados Unidos como parteaguas fundamental en la escritura y difusión de la historia. Los liberales, en especial, se rasgarán sus vestiduras y hablarán de un antes y un después de dicha guerra. En la historiografía liberal mexicana la esencia de lo acontecido en dicha guerra se debía a los “extravíos del patriotismo” cuya responsabilidad cabía en su totalidad a los conservadores. Las pugnas entre las facciones enfrentadas desde sus orígenes nos permiten hablar de dos etapas de alta sismicidad política que se extienden entre la consumación de la Independencia por Iturbide en 1821 y la guerra contra los Estados Unidos, y entre esta y el triunfo rotundo de los liberales en la guerra contra la intervención francesa en 1867.

La primera etapa, que transcurre entre 1821 y 1848, corresponde al período de formación del Estado mexicano y pese a un alto grado de sismicidad política se fueron “definiendo y perfilando dos grandes grupos, liberales y conservadores, en los que van ir quedando subsumidos todos los

9 Vázquez. *Nacionalismo y educación...*, 2000: 68-104.

10 Roldán Vera en Ortega y Medina y Camelo. “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 498.

11 Guedea en Ortega y Medina y Camelo. “El surgimiento de la Historiografía Nacional”. *Historiografía mexicana*. III, 1997: 11-12.

demás”¹². Durante la primera mitad del siglo XIX el poder político estuvo distribuido en México de una manera muy amplia. “Había lo que podía definirse como una insuficiencia hegemónica y, de hecho, hasta mediados de siglo ningún grupo político alcanzó la hegemonía en el país”¹³.

La guerra con los Estados Unidos provocó una toma de conciencia general, pero fue “a partir de dicha guerra que los campos políticos se deslindarían y en vez de facciones comenzarían a aparecer verdaderos partidos políticos, los que asumirían de una manera más consistente una determinada postura”¹⁴. La crisis hegemónica y su remanente, que es la guerra con los Estados Unidos, marcan profundamente a México en el ocaso de los gobiernos de Santa Anna. Se hacía perentorio restituir la moral de la nación acudiendo a las lecciones derivadas de la historia y al paliar, así, los “extravíos del patriotismo”. Tras la amarga experiencia de la guerra con los Estados Unidos, se llevó a cabo una seria reflexión acerca de la realidad mexicana. En esta época privó un afán de crear una conciencia cívica a través del periodismo de opinión, con su búsqueda incansable de documentos, con sus clases de historia y sus libros de texto. Roldán Vera señala que fue la guerra y su balance tan negativo lo que provocó “un cambio en las maneras de concebir la enseñanza de la historia. Por un lado, surgió una necesidad de recurrir al estudio del pasado para intentar explicar los fracasos del presente; por el otro las posiciones políticas se radicalizaron y dieron lugar a dos proyectos de nación más definidos que unos lustros antes: el liberal y el conservador. En ambos, la historia de México era un fundamento, y su enseñanza se vio como el instrumento para formar a los ciudadanos constructores de dichos proyectos”¹⁵.

Fueron estas las bases del *México a través de los siglos*. Dicha obra empezó a publicarse en 1884¹⁶, pero fue Lucas Alamán mucho antes que Riva Palacio quien “recurrió a la historia de México de una manera que se podría calificar de profesional”¹⁷. El pecado que le imputan los liberales a Lucas Alamán es su filiación conservadora. Su *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente* “constituye el relato más acabado, bien fundamentado y estructurado que sobre la historia de ese período contamos hasta ahora”¹⁸. Los liberales de la primera mitad del siglo XIX:

No contaban con un Lucas Alamán para armar una historia liberal y global de México. Pero tampoco la lucha entre facciones y las guerras endémicas ayudaron a los liberales a componer un relato liberal que abarcara la historia de la nación [...] los liberales mexicanos estaban demasiado europeizados para siquiera concebir un entorno moderno que fuera indígena, o para usar el concepto de “indianidad” en la causa de la modernidad...¹⁹. [La situación descrita cambió rotundamente con la guerra de Reforma y con el gran triunfo de los liberales en 1867. Un relato abarcador, conciliador e

12 Guedea en Ortega y Medina y Camelo. “El surgimiento de la Historiografía Nacional”, *Historiografía mexicana*. III, 1997: 13.

13 Guedea en Ortega y Medina y Camelo. “El surgimiento de la Historiografía Nacional”, *Historiografía mexicana*. III, 1997: 15.

14 Guedea en Ortega y Medina y Camelo. “El surgimiento de la Historiografía Nacional”, *Historiografía mexicana*. III, 1997: 18.

15 Roldán Vera en Ortega y Medina y Camelo. “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 496.

16 Pi-Suñer en Ortega y Medina y Camelo. “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 11.

17 Acerca de la *Historia de Méjico* de Alamán dice don Niceto Zamacois “ser la más notable, la que encierra más número de documentos y noticias de hechos de una enseñanza altamente provechosa al hombre reflexivo...”. Zamacois, 1876, Tomo I, p. XIX.

18 Guedea en Ortega y Medina y Camelo. “El surgimiento de la Historiografía Nacional”, *Historiografía mexicana*. III, 1997: 29.

19 Tenorio, *Artilugio*..., 1998, p. 108.

integrador se constituye a partir de 1884 con el *México a través de los siglos*. Fue este el primer gran relato liberal que pretendió desautorizar la versión que de la historia del siglo XIX diera Lucas Alamán].

En síntesis podemos argumentar que la historiografía nacional de la primera mitad del siglo XIX contrasta con lo acaecido después de 1848 y va a reflejar con claridad el problema central que motiva a los estudios históricos de la época y “*el objetivo que en dichos estudios subyace*”²⁰.

El surgimiento de la historiografía nacional mexicana, después de 1821, se dio merced a los problemas de la consolidación del Estado nacional. Dicha consolidación fue tardía por la fuerza que presentan las regiones frente al centro y por la falta de un gobierno fuerte y respetable. En lo que sí obtuvieron un éxito rotundo los trabajos históricos fue en lograr que los mexicanos cobraran conciencia de su propia nacionalidad²¹. Esta toma de conciencia y de sentido de pertenencia a una comunidad de intereses que se inscribe dentro de un ámbito mayor y de proporción nacional no aconteció antes de la restauración de la República en el año de 1867.

La segunda etapa, como ya lo mencionamos, transcurre entre 1848 y 1884. En esta etapa se hace aun más evidente la necesidad de dotar a la nación de una historia general compendiada por diversos autores que ilustran los intentos que se llevaron a cabo para escribirla: “estos historiadores que, con su pluralidad de voces y de interpretaciones, sus compilaciones de documentos y su evidente afán nacionalista, abrieron paso a la elaboración de dicho discurso integrador”²². El discurso integrador conciliaba pasados reñidos y algunas veces omitidos del

mismo modo que precisaba de un discurso que integrara a los diferentes sectores sociales, políticos y económicos en un proyecto de nación. La conjugación de estos factores se alcanza en el volumen titulado: *En busca de un discurso integrador de la nación* coordinado por Ortega y Medina y Camelo. La introducción a este volumen estuvo a cargo de Antonia Pi-Suñer, quien afirma que:

El período que transcurre entre 1848 y 1884 ha sido calificado de azaroso [aunque quizá ese concepto no englobe toda la complejidad que encierra dicha etapa]. Tanto los liberales “puros” como los conservadores se inculpaban mutuamente por el devenir histórico mexicano, el reconocimiento de los errores de “los otros” se inscribía en un discurso que estaba lejos de asumir un *mea culpa* por haber, ambos partidos, errado el rumbo. Cuando en diciembre de 1860 los liberales derrotaron a los conservadores, en la guerra de Reforma, estos últimos ya estaban promoviendo una intervención extranjera cuyo resultado no es otro que la instalación de Maximiliano en el trono mexicano. La guerra contra los franceses y contra el imperio duró cinco años, tras los cuales triunfó el grupo juarista y se restauró la república. Con el triunfo de Díaz en diciembre de 1876 acababa el período conocido como el de la república restaurada y daba inicio el Porfiriato²³.

La derrota ante los Estados Unidos, el final de la era de Santa Anna, la intervención, el Segundo Imperio, la restauración de la República y el ascenso de Díaz al poder, son los hitos históricos que modelaron las versiones historiográficas de la segunda mitad del siglo XIX. Con el triunfo liberal de 1867 empieza a aglutinarse el poder en manos de la facción liberal; a partir de entonces y hasta la

20 Guedea en Ortega y Medina y Camelo, “El surgimiento de la Historiografía Nacional”, *Historiografía mexicana*. III, 1997: 32.

21 Guedea en Ortega y Medina y Camelo. “El surgimiento de la Historiografía Nacional”, *Historiografía mexicana*. III: 1997: 32.

22 Pi-Suñer en Ortega y Medina y Camelo. “En busca de un discurso integrador de la nación” *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 9.

23 Véase la introducción al volumen coordinado por Pi-Suñer en Ortega y Medina y Camelo. “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 12.

instauración del régimen de Porfirio Díaz la lucha facciosa en el seno del Partido Liberal debilitó el proyecto de integración nacional. El Partido Liberal se debatía entre juaristas, lerdistas y porfiristas. Sin duda, la inesperada muerte de Benito Juárez en 1872, vino a aliviar la lucha facciosa al interior del liberalismo. A partir de entonces, y en virtud de sus triunfos militares, el general Porfirio Díaz se convirtió en una opción política aceptable.

Pi-Suñer afirma que

Sólo la construcción de un discurso histórico integrador serviría a la causa nacional. La coyuntura política y la búsqueda de este discurso integrador de la nación conjugaron los primeros intentos de escribir una historia general de México en la década de los setenta. A partir de aquel momento, la historia nacional empezó a convertirse en un mito político unificador, y con él se abrían las puertas a la historia de bronce oficial²⁴.

Este argumento se ve reforzado por Tenorio por cuanto para los años ochenta del siglo XIX, una vez que

Varias facciones regionales y políticas habían impuesto una relativa estabilidad, los liberales porfirianos se percataron de que una historia nacionalista abarcadora representaba el requisito *sine qua non* de la consolidación de la nación y una prueba de civilización y estabilidad. Sabían perfectamente que si había de formarse una conciencia nacional, tenía que ser enseñada y divulgada una historia de ese tipo. Para ellos, si la historia no era una lección —tanto en sentido ejemplar como educativo— no era historia. La nación, afirmaba el gobierno porfirista, se consolidaría en las aulas [...] De cualquier modo, no fue sino hasta el decenio de 1880 cuando concisas historias liberales

empezaron a materializarse. Entonces apareció la primera síntesis general y global del pasado de México: *México a través de los siglos*, labor colectiva, reconciliadora y concluyente que incluía autores de diferentes facciones liberales²⁵.

El *México a través de los siglos* concilió pasados lejanos y cercanos; al asumir, como propios, períodos históricos completos relegados deliberadamente por otros autores a un limbo —como fue el caso del período virreinal— y al hacer de la integración reciente de la nación y de la Historia Nacional un prodigio del liberalismo. Son estas piezas esenciales del engranaje histórico urdido por los liberales y determinantes a la hora del triunfo de su proyecto de Estado.

Para el surgimiento de las historias generales existe un antecedente importante en el discurso expuesto por Manuel Larrainzar ante la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1865. En este discurso el autor llamaba la atención sobre la importancia y necesidad de dotar a México de una *Historia General*²⁶. Cabe destacar que este llamado a escribir una historia general se dio en la época del Imperio de Maximiliano, hecho que estaba asociado a una reflexión mayor “que era la misma que impulsaba la enseñanza de la historia nacional”²⁷. Zamacois hizo eco de esta recomendación y diseñó su *Historia de Méjico* a través de cuatro grandes ejes: el pasado prehispánico, la conquista, los trescientos años de la dominación española y la etapa que se inicia desde el grito

24 Pi-Suñer en Ortega y Medina y Camelo, “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 25.

25 Tenorio, *Artilugio*..., 1998: 108-109.

26 Pi-Suñer en Ortega y Medina y Camelo, “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*. IV 1996: 9. El plan propuesto por Larrainzar, para escribir la *Historia General de México* fue el que siguió Zamacois y el *México a través de los siglos* debe reconocerse también como tributario de dicho plan.

27 Roldán Vera en Ortega y Medina y Camelo. “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 497.

de Dolores hasta 1876²⁸. En esencia es la misma estructura que guarda el *México a través de los siglos*²⁹.

Antes del *México a través de los siglos*, Riva Palacio habría experimentado con la novela, la crónica periodística y el drama. El *México a través de los siglos* carece de una introducción general, más cada una de las épocas históricas, que son tres, encargadas por Riva Palacio a “reputados literatos” y “liberales triunfantes” tienen su propia introducción³⁰. En la introducción a los tomos de la autoría de Riva Palacio, que conforman la Segunda Época o Historia del Virreinato, el autor hace algunas consideraciones sobre el oficio del historiador y de la materia de la historia:

El historiador no puede ni debe más sino decir la verdad; pero como esa verdad iluminada por la filosofía del escritor afecta muchas veces formas y proporciones que están muy lejos de ser las ciertas, preciso es alumbrar cada uno de los cuadros con la luz que les es propia. Si quiere juzgarse

a los hombres del siglo XVI por el código de ilustración, de cultura y de ciencia que rige el que alcanzamos; si las pasiones religiosas y políticas de la época de Carlos V; si los hechos, las leyes y las costumbres de aquellos tiempos se estudian con la antorcha que guía al mundo en los últimos años del siglo XIX, fallo injusto será sin duda el que se pronuncie...³¹.

En el *México a través de los siglos* se revela cierta aversión liberal heredada tendiente a desestimar lo acaecido en los trescientos años de dominación española. El tratamiento que del período colonial hace Riva Palacio “puede considerarse el de un liberal que ha logrado un entendimiento con el pasado español, un período que por largo tiempo había sido patrimonio de los historiadores conservadores”³². El objetivo primordial de la obra es: “la reconciliación tanto con el pasado (superar la disputa indigenista-colonialista) como con todas las fuerzas centrífugas que en el siglo XIX impidieron la construcción de un Estado perdurable”³³. Al partido liberal no se le imputa ninguna cuota de responsabilidad histórica. En la confrontación histórica del pueblo mexicano entre las facciones de liberales y conservadores en constante discordia asume Riva Palacio una actitud conciliadora por cuanto: “los diversos partidos políticos reflejan que ciertas personas piensan que por tales medios, mejor que por tales otros, se alcanzará la prosperidad pública, pero tanto unos como otros pueden ser auténticos patriotas”³⁴. Esta afirmación no sólo apunta a la conciliación entre las facciones en disputa, sino al reconocimiento de las cuotas de responsabilidad histórica que caben a ambos partidos;

28 Zamacois reconoce como sus fuentes para la tercera parte, o sea los trescientos años de dominación: *Los tres siglos de Méjico* de Andrés Cabo y las preciosas disertaciones del ilustre literato D. Lucas Alamán. En la cuarta fase “menos perceptible a la vista de la verdadera filosofía, por hallarse colocada entre las diversas tintas de la actualidad que reflejan sobre la figura de un cuerpo social en los momentos de sus agitadas convulsiones políticas, ha sido trazada, en puntos, por desgracia de alto interés, con lineamientos y colorido disímboles, y no pocas veces diametralmente opuestos...” Zamacois, TOMO I, 1876, p. X-XI. Judith de la Torre Rendón señala la desproporción en el cuerpo de la obra; al México prehispánico le dedicó un solo tomo, tres a la Conquista, dos a la Colonia, cinco al movimiento de Independencia y nueve al México Independiente. De la Torre Rendón en Ortega y Medina y Camelo, “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*, volumen IV, 1996, p. 555.

29 Riva Palacio, *México a través de los siglos*, 1987, 16 TOMOS.

30 Aunque como bien lo señala Ortiz Monasterio “la estructura, la división en períodos y, en fin, la interpretación global es obra de Riva Palacio”. Ortiz Monasterio. *México eternamente...*, 2004: 26.

31 Riva Palacio. *México a través...*, 1987, Tomo IV: XII.

32 Vasconcelos. “La raza cósmica”. *Costa Rica: Cuadernos del Centro* 10. Centro de Estudios Generales. Universidad Nacional. 1999: 36, 72-78.

33 Ortiz Monasterio. *México eternamente...*, 2004: 77.

34 Ortiz Monasterio. *México eternamente...*, 2004: 15.

es esta una actitud moderna, crítica y reflexiva que no encontramos en los escritos de otros liberales contemporáneos al autor; pues

Tenía Riva desde un principio la ambición de escribir una historia general y las magnas obras de Zamacois y Bancroft, como la menos conocida de Ignacio Álvarez eran un acicate para ofrecer una versión mexicana que pusiera de manifiesto el punto de vista liberal de nuestra historia³⁵.

La visión integradora, de conjunto y moderna que privó en Riva Palacio le permitió elaborar y dirigir una versión de la historia nacional donde concurrían todos los períodos históricos, aún aquellos que otros historiadores liberales oteaban deliberadamente. La conciliación e integración de visiones opuestas que colocan el origen de la nación en el mundo prehispánico o en la época colonial y ya no sólo a partir del “grito de Dolores” apunta en esa dirección. Lo que no se debe olvidar —apunta Ortiz Monasterio— “es que el *México a través de los siglos* es el gran monumento que se levanta al triunfo grande de 1867 y, en consecuencia, la defensa del sistema republicano es un principio no negociable para los escritores de esta magna obra”³⁶. Según Roldán Vera “la República Restaurada trajo consigo la idea de la necesidad de una intervención mayor del Estado en materia educativa para implantar, de una vez por todas, una ideología liberal en los mexicanos [hasta] convertirse en un mito político unificador cuyo fin era consolidar la nueva nación”³⁷. Desde el triunfo liberal de 1867 hasta la aparición de la obra de Riva Palacio transcurrieron 17 años: en

ese lapso se consumió la República Restaurada y se inició el régimen de Díaz. El *México a través de los siglos* sale a la luz, por entregas, entre 1884 y 1889, y se constituyó en una obra que en su concepción, difusión y temporalidad perteneció al Porfiriato, haciendo de la escritura de la historia, emanada de la pluma de insignes liberales, un emblema del régimen.

Con el *México a través de los siglos* como retórica del pasado los liberales se apropiaron de la historia reciente y por vez primera ofrecieron la contrapartida a la obra cumbre del conservadurismo mexicano: *La Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente* de Lucas Alamán. En dicha obra se daba poco crédito a las grandes epopeyas adoptadas por los liberales; la revolución de Independencia habría sido perpetrada por poco menos que una banda de forajidos y el papel de Hidalgo y de otros héroes de primera línea se subestimaba en la exaltación conservadora de Iturbide. El régimen de Díaz construyó, a partir del olvido selectivo, su propia memoria. Cuando Díaz llama a formar gabinete a antiguos conservadores, lerdistas y hasta imperialistas está dando un gran paso en aras de la conciliación nacional; pero este gran paso no está exento de grandes olvidos. La generación que llevó a Díaz al poder, como más arriba lo indicaba Rabasa, pronto desapareció y para la generación de relevo la ocupación norteamericana era remota, las relaciones con Washington se habrían normalizado y los Estados Unidos se convertirían en el socio comercial más importante de México. La inquina política que enfrentaba a las facciones tradicionales se desvanecía en aras de la conciliación.

Más recientemente y después de una serie de bien informados estudios Mauricio Tenorio, historiador mexicano, ha señalado que en el decenio de 1880:

Una larga labor historiográfica al fin había producido el relativo consenso en

35 Ortiz Monasterio. *México eternamente...*, 2004: 198-199.

36 Ortiz Monasterio. *México eternamente...*, 2004: 203. Ortiz Monasterio es un historiador mexicano que ha dedicado una gran parte de sus esfuerzos a estudiar la obra literaria e histórica de Vicente Riva Palacio. En la bibliografía, al final, aparecen algunos de los títulos a que hacemos regencia.

37 Roldán Vera en Ortega y Medina y Camelo. “En busca de un discurso integrador de la

nación”, *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 498.

una reconstrucción liberal del pasado mexicano. Al mismo tiempo, un enfoque antropológico se había desarrollado laboriosamente para dar cuenta del pasado, presente y futuro de México en forma científica. A través de las historias nacionales, México consolidó su religión cívica y su singularidad, aunque sirviéndose del léxico internacional del republicanismo liberal³⁸.

Este “léxico internacional” que apunta Tenorio trasciende a la ideología y a su expresión verbal para traducirse en otros lenguajes y síntesis interpretativas cuyo fin era vincular al espectador con la historia a través de la expresión plástica. Estos procesos convergen, según lo establece Ortiz Monasterio, en la invención de la identidad nacional por cuanto

En su conjunto la producción literaria del siglo XIX mexicano es un reflejo de la sociedad que al mismo tiempo documenta el proceso de *invención* de esa sociedad. Es claro que la construcción de la identidad nacional es un proceso “desde arriba”, es decir que estuvo a cargo de una elite conocedora, pero tal vez deberíamos también considerar la posibilidad de que haya sido un proceso “desde atrás”, con lo cual queremos expresar que no fue el Estado relativamente consolidado después de 1867, el que desató la invención de la identidad nacional, sino que fue la invención de la cultura y la identidad nacionales las que abrieron el camino para la consolidación de ese Estado³⁹.

Tanto en Tenorio como en Ortiz Monasterio ha privado el interés por construir el argumento histórico desde una perspectiva política y cultural. De esta dimensión carecen muchos estudios latinoamericanos que aún en nuestros días se presentan como tributarios de lo más

novedoso de la historia del poder y no logran superar la visión clásica.

La consolidación del Estado nacional en el Porfiriato está determinada por los usos que se le endosan a la historia, y el primero y más particular es construir la patria. La historiografía liberal tuvo en el *México a través de los siglos* la mejor pieza discursiva de la segunda mitad del siglo XIX. Las historias generales que la precedieron, como la de Alamán, Zamacois, Bancroft y Álvarez señalaron un derrotero definitivo e inequívoco para la historia nacional. Esta es la intencionalidad que subyace en el *México a través de los siglos*. Pero fue en virtud de su publicación y difusión a partir de 1890, según lo apunta Roldán Vera,

... que empezarán a unificarse los criterios de una interpretación única y oficial de la historia de México y a fortalecerse los mitos de los clásicos héroes y antihéroes, pues hasta entonces se convertirá definitivamente en instrumento de control ideológico —efectivo— del Estado. Las circunstancias que propiciaron la aparición del *México a través de los siglos*, con su contundente visión liberal de la historia de México, las mismas que dieron lugar a una nueva política educativa nacional y nacionalista mucho más sólida y consciente del papel de la historia como forjadora de conciencias leales a un sistema, generarían libros de texto acordes con las nuevas necesidades⁴⁰.

La literatura histórica de esta época, constituida por historias generales, compendios, libros de texto, catecismos políticos, etc., contribuye al debate historiográfico de la segunda mitad del siglo XIX. A este debate lo preceden los intentos de explicación de la invasión norteamericana, de la ocupación y la usurpación del territorio. Ante este panorama la intervención francesa y el Segundo Imperio

38 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 140.

39 Ortiz Monasterio. *México eternamente...*, 2004: 325. El autor apunta esta afirmación a manera de hipótesis.

40 Roldán Vera en Ortega y Medina y Camelo. “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 523.

parecieron quizás, menos funestos. Erika Pani ubica magistralmente la historiografía del Segundo Imperio al afirmar que

El imperio inaugura entonces una etapa historiográfica crucial. En 1867 la derrota definitiva de los “conservadores” permitió describir las luchas intestinas de la primera mitad del siglo XIX como el “sangriento y doloroso trabajo social” que arraigaba a la República federal representativa que México siempre había anhelado ser⁴¹.

La lucha contra la intervención y el Imperio iban a representar una piedra angular dentro de la construcción de la “historia patria”. El “triumfo grande” se convierte en un hito y la “tragedia de Querétaro” se convierte en anatema, en especial por la crítica europea al fusilamiento de Maximiliano. Recordemos que, en sus inicios, el proyecto que se le encomienda a Riva Palacio es una historia de la Guerra de Intervención francesa que terminó siendo el *México a través de los siglos*.

En el último tercio del siglo XIX “la historia tenía entonces que asentar “verdades” comprobables, descarnadas y desapasionadas. Al mismo tiempo debía crear una identidad nacional, exaltar héroes y nutrir pasiones patrióticas”⁴². Pero ¿cuánto de mentirosa tendría esta historia? La invisibilidad del Segundo Imperio y el limbo histórico a que son sometidos los conservadores fundamentan este interrogante. El triunfo rotundo de los liberales en 1867 dio un giro a la historiografía decimonónica que en adelante sólo podía ofrecer la versión *canónica* liberal. Pani señala acertadamente que:

Si la reforma, el republicanismo y el liberalismo encarnaban la esencia inamovible de la nación, ¿Qué lugar podía asignarse a quienes la había combatido? ¿No pertenecían estos a la nación? Para resolver el dilema, los historiadores

liberales recurrieron a la construcción de una visión retrospectiva del pasado [que omitía deliberadamente ciertos episodios] a sabiendas del resultado final [...] Su estrategia fue tan exitosa que la historiografía actual aún no logra deshacerse de su impronta. A estos hombres debemos la demasiado satisfactoria y longeva visión del siglo XIX como una lucha teleológica entre dos fuerzas enfrentadas: pasado y presente, pueblo y clases privilegiadas, progreso y tradición, liberalismo y conservadurismo, según el gusto del cliente⁴³.

Con Enrique Florescano, precisamos aun más la monumentalidad historiográfica del *México a través de los siglos*, por cuanto:

La historia abarcadora de todas las épocas y temas que solicitaba Larráinzar, y la historia integradora de las diversas raíces y legados que pedía Vigil, se concretó en los cinco volúmenes de *México a través de los siglos...*, cuyo contenido, título y subtítulo aspiraban a llenar esas demandas [...] Tres aciertos convirtieron a esta pieza en la obra cumbre de la historiografía decimonónica. Primero fue la primera que unió los hasta entonces separados y excluyentes períodos de la historia mexicana en un discurso integrador que partía de la antigüedad prehispánica, continuaba con el virreinato y la Guerra de Independencia, seguía con los primeros años de la República y concluía con la época de la Reforma. Segundo: cada uno de estos períodos fue considerado por los varios autores como parte de un proceso evolutivo cuyo transcurso iba forjando la deseada integración nacional y cumplía las “leyes inmutables del progreso”; los antiguos oponentes, el hispanismo y el indigenismo aparecían ahora como dos raíces del mismo tronco: la independencia se mostraba como el rompimiento natural

41 Pani. *El Segundo Imperio*, 2004: 60.

42 Pani. *El Segundo Imperio*, 2004: 62.

43 Pani, *El Segundo Imperio*, 2004: 65-66.

de quien ha adquirido conciencia de su propio destino... Tercer acierto: cada uno de los períodos tratados incluía el conocimiento acumulado hasta entonces y lo exponía en un lenguaje claro y atractivo, que más que el despliegue de la erudición, buscaba atrapar al lector y conducirlo hasta el final de la obra...⁴⁴.

Ortiz Monasterio habría advertido que fue Florescano quien aseguró que el *México a través de los siglos* constituye “el logro mayor de la historiografía del siglo XIX”⁴⁵. Para comprender a cabalidad las representaciones que cuajan en la arquitectura de los dos últimos lustros del Porfiriato hubo de considerarse el papel correspondiente a la historia y a su enseñanza en el período precedente que se extiende desde la Independencia hasta la República Restaurada.

2. ARQUITECTURA Y DISCURSO ARQUITECTÓNICO

Al surgimiento de una historia nacional y de un discurso integrador y abarcador de la nación de fines del siglo XIX le corresponde, en los dos últimos lustros del Porfiriato, un discurso arquitectónico —apegado a una pedagogía cívica— de carácter nacional e interesado en transformar a la ciudad de México en una urbe moderna que se mostrara al mundo.

El discurso arquitectónico traduce como ningún otro el lenguaje del poder. La arquitectura que se inaugura en el último lustro del Porfiriato establece un diálogo estrecho y fecundo con el poder que emana de la autoridad suprema y de sus colaboradores más cercanos. Esta estructura de poder se ha venido legitimando y consolidando en la idea de una nación moderna, de cara al concierto de las “naciones civilizadas” del orbe. Son antológicos los flirteos de Díaz con las potencias europeas y, más tarde, con los Estados Unidos. Su habilidad

política lo llevó a restituirle a la Iglesia Católica algunos de los privilegios arrebatados por el liberalismo ortodoxo.

La obra pública —edificios cívicos y monumentos— funciona como evidencia sustantiva de que el régimen, en su madurez, deseaba plasmar sus resultados concretos y mostrarlos a la nación y al orbe. La capital mexicana se convirtió desde entonces en un texto cuyos espacios y arquitectura describían el itinerario histórico de la nación a partir de la guerra de Independencia. Los que han sido seleccionados como los principales períodos históricos por el “liberalismo triunfante” se tornan hitos y el Porfiriato fue considerado como el régimen que devolvió a México la paz interna, la solvencia moral y económica y la confianza de los acreedores internacionales. No fue sino a partir de la República Restaurada, pero en especial durante el Porfiriato, que se procuró el saneamiento de la hacienda pública. La situación resultó idónea para que parte de las rentas del Estado se dirigieran a la edificación de las obras que resultaban más apremiantes en la capital y el gobierno central se apresuró a mostrar —con opulencia— un espectáculo arquitectónico sin precedente al celebrarse el primer centenario de la Independencia de México. Algunos miembros del gabinete y otros hombres cercanos a Díaz plasmaron su deseo de embellecer la capital en un ambicioso proyecto de renovación cuyas metas no eran, en un primer momento, muy claras: el gusto por la arquitectura foránea, ciertas formas propagandísticas cuyo fin último era legitimar al régimen y el peculio necesario para, literalmente, “echar manos a la obra”, son los factores que se conjugaron para que el proyecto tomara forma y estuviese cubierto por los fondos estatales necesarios⁴⁶. Como imágenes del poder, los edificios y monumentos erigidos al final del

44 Florescano citado por Ortiz Monasterio. 2004: 347.

45 Ortiz Monasterio. 2004: 349.

46 La historiografía que revisa la inversión y la procedencia de los fondos para obras públicas no es abundante, aunque contamos con la investigación que realiza Priscilla Connolly sobre la relación entre Lord Cowdray (Mr. Pearson) y el gobierno porfirista: Connolly, *El contratista de don Porfirio*. México: El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma Metropolitana y Fondo de Cultura Económica. 1997.

Porfiriato cuentan una versión de la historia que tiende a conciliar ciertos “malestares” con el pasado y a acentuar el olvido deliberado de episodios completos que reñían con la idea integradora de la nación⁴⁷, pues como bien lo ha señalado Baczko: ... “todo poder se rodea de representaciones, símbolos, emblemas, etc., que lo legitiman, lo engrandecen, y que necesita para asegurar su protección”.⁴⁸ En el caso mexicano estas representaciones aseguraron la perennidad y legitimidad del régimen de Díaz. El programa impulsado por el gobierno de Díaz no fue casual y se empieza a elucidar desde los albores del régimen. Dicho programa constructivo y de transformación urbana abarcó sus distintas etapas. Tan temprano como en agosto de 1877 se expidió el programa que pretendía hacer del Paseo de la Reforma un *boulevard* consagrado a los triunfos y a los héroes liberales. Dicho programa se completó, con algunas variantes importantes, en septiembre de 1910⁴⁹. Con la excepción del monumento a Juárez, que debió erigirse en la cuarta rotonda del Paseo de La Reforma, el programa de exaltación cívica liberal se cumplió a cabalidad, aunque con énfasis diversos según el período y el favor del ejecutivo.

El monumental Paseo de la Reforma, el Monumento a Colón, el Monumento a Cuauhtémoc, el Monumento a la Independencia, el Hemiciclo dedicado a Juárez, el Palacio de Correos y el de Comunicaciones, el Panteón Nacional y el Palacio Legislativo representaban, de manera hiperbólica, a las instituciones republicanas que rubricaban y legitimaban al régimen. Las hubo también de control social: el

Palacio/presidio de Lecumberri y el Manicomio modelo de la Castañeda⁵⁰. Al erigirse estos edificios y monumentos el régimen coronaba, con éxito, la ideología del progreso y de la modernidad y apostaba por su legitimación y por la conciliación nacional, sin saber en ese entonces, que cerraba con broche de oro el extenso mandato de Díaz. El gobierno central se legitimaba mediante la obra pública de gran envergadura y era, quizá, la manera más dramática de presentarse al público y al mundo. La obra arquitectónica coronaba con un éxito inusitado las expectativas más ambiciosas del régimen que exhibía un perfil arquitectónico bajo el signo de la modernidad.

Al régimen de Díaz le correspondió la tarea de erigir los monumentos y los edificios públicos que conmemoraban a la patria en la mejor tradición cívica liberal y republicana. El urbanismo finisecular refuerza al discurso arquitectónico que patentiza la modernidad de la capital mexicana. Dicho urbanismo, al igual que en el resto de América Latina, sancionaba la jerarquía del espacio dentro de la urbe capitalina:

La expansión acelerada de la capital se expresó en la formación de nuevas colonias: los nuevos barrios fueron el signo urbanístico de la época y entonces las clases sociales se asentaron en la ciudad de acuerdo a proyectos segregacionistas. A partir de la desamortización de los bienes eclesiásticos se popularizó el centro y muchas familias acomodadas buscaron nuevas residencias. Para las clases populares se formaron las colonias Guerrero, Vallejo, Díaz de León, La Bolsa, Rastro, Santa Julia y otras. Los sectores medios se asentaron en colonias como Santa María de la Ribera y San Juan. Los grupos privilegiados poblaron las colonias de Cuauhtémoc, Juárez, Roma y una parte de Coyoacán y Clavería. El Paseo de la

47 En el *México a través de los siglos* y en *La evolución histórica de México* son revaloradas etapas tan importantes del desarrollo histórico mexicano tales como el período virreinal. Era un lugar común entre algunos escritores liberales vituperar la época y omitir cualquier saldo positivo.

48 Baczko. *Los imaginarios...*, 1991: 8.

49 Dicho programa conoce un amplio desarrollo hacia el final de la década de 1880, pero el verdadero *boom* constructivo se dio después de 1900, al menos en la obra arquitectónica y en los monumentos patrocinados por el gobierno central.

50 El Manicomio de la Castañeda fue el manicomio modelo que se erigió al final del Porfiriato en la antigua Hacienda colonial de la Castañeda, en Mixcoac, en ese entonces en las afueras de la ciudad de México.

Reforma fue el eje de este último tipo de asentamientos y fue renovado hasta darle una apariencia *afrancesada*. El régimen porfirista trató de hacer de la ciudad de México una ciudad suntuosa, que diera cuenta del supuesto progreso experimentado⁵¹.

En el devenir de la vida nacional la ciudad de México funciona como el modelo a emular; de tal suerte que a las ciudades de provincia les brotarán fuentes, paseos y estatuas. La ciudad ejemplar es una ciudad burguesa que establece redes de control social, cultural y político. Como centro administrativo y federal de la República, la ciudad de México es el símbolo más notable del régimen:

El patrón de crecimiento fue distinto al de otras capitales latinoamericanas, pues, fueron las clases medias y altas las que se desplazaron hacia los nuevos barrios —las “colonias”— que surgieron en las vecindades de Chapultepec, en tanto que el casco viejo alojaba cada vez más a las clases populares que transformaban en casas de vecindad las viejas casonas y los palacios⁵².

Emergen los techos a la *mansard* en las colonias más opulentas como testimonio del gusto por la arquitectura francesa: “Francia fue el punto de referencia cultural para las elites latinoamericanas”⁵³ y el referente arquitectónico más difundido en el Porfiriato. Durante toda la década de 1880, señala Tenorio, la naciente elite porfiriana —más urbana y cosmopolita que nunca— absorbió e idealizó con facilidad el pensamiento francés⁵⁴. La voluntad de transformación del espacio urbano emanaba del

Supremo Gobierno, de sus diferentes secretarías y de la voluntad del inversionista⁵⁵. Pero si hubo un grupo organizado donde privó esta voluntad de transformación y modernización fue

El grupo político conocido como los Científicos [que] estaba surgiendo como la elite que reivindicaba para sí el gobierno científico del país. Economistas como Joaquín Casasús, José Yves Limantour y Emilio Busto, ingenieros como Gilberto Crespo, Antonio de Anza y Luis Salazar, y médicos de la talla de Domingo Orvañanos, Eduardo Liceaga y José Ramírez formaron parte de las exposiciones mexicanas en las ferias mundiales en París y de otras

la arquitectura y todos los signos del cosmopolitismo moderno. Un porfiriano prominente, de algún modo, era también un *snoob*. Antonia Pi-Suñer advierte que “Si bien siempre se ha hecho hincapié en el afrancesamiento de la sociedad porfiriana, queremos insistir que esta influencia ya venía de tiempo atrás. Creemos que no está por demás señalar que al mediar el siglo XIX la Francia de Napoleón III fue considerada como el paradigma de las naciones por los distintos circuitos políticos mexicanos. Para los radicales, era el símbolo de la libertad y de la revolución; para los moderados, lo era de la civilización y del progreso, y, para los conservadores, de la tradición y de la latinidad. En: Pi-Suñer en Ortega y Medina y Camelo, “En busca de un discurso integrador de la nación”, *Historiografía mexicana*. IV, 1996: 18-19.

- 55 El paso de Vicente Riva Palacio por la Secretaría de Fomento, a principios del régimen, es testimonio de este momento. Véase también al respecto: Velázquez Guadarrama, “La historia patria en el Paseo de la Reforma...”, en *Arte, Historia e Identidad...* Tomo II. 1994., y Ortiz Monasterio, *México eternamente...*, 2004. Obsérvese también que a fines de la década de 1880 una plétora de prominentes porfirianos se encargarán de la administración del Estado y de la representación de México en las exposiciones mundiales: Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 10-12. Con respecto al capital privado que se destinó a los fraccionamientos y a la edificación de casas de habitación y mansiones como las que flanqueaban el Paseo de la Reforma el libro de Priscilla Connolly ofrece interesantes pistas; véase Connolly, *El contratista de don Porfirio*. México: El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma Metropolitana y Fondo de Cultura Económica. 1997.

51 Florescano y Moreno Toscano. *Atlas de México...*, 1983: 146.

52 Romero. *Latinoamérica...*, 1984: 251.

53 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 10 y en la misma obra “Francia, quién te siguiera”: 31-49.

54 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 39. Aunque también absorbió el lenguaje, la moda, la literatura, el arte,

ciudades, con todo el peso político que representaban. Su pericia técnica era tan importante como la red de sus relaciones políticas⁵⁶.

La urbe fue seducida por la modernización, al igual que Buenos Aires, São Paulo, Río de Janeiro y La Habana⁵⁷. La modernización se reconoce en una arquitectura de carácter público y privado que en algunos casos —los más— acusa una apariencia monumental. Las transformaciones arquitectónicas, así como la adopción de los nuevos estilos y tendencias, están asociadas a la voluntad de poder y expresan el comportamiento de los distintos actores sociales, tanto individuales como colectivos. En manos de estos actores está el proceso de toma de decisiones que afectará el perfil urbano y arquitectónico de la urbe mexicana. El proceso de modernización cuenta con los recursos estatales suficientes para emprender el proyecto por cuanto el Estado encontró la fórmula de asociarse con el capital privado, o al menos de hacer valer sus intereses, como fue el caso de la construcción del Palacio Azteca, en París, en 1889.

El impacto de la imagen de México en las exposiciones mundiales y la construcción del Palacio Azteca han sido estudiados por Tenorio. Esto obliga a una reflexión acerca de los alcances que pretendía la nación mexicana con la adopción de una estética nacionalista que la identificase:

El Palacio Azteca constituía un ensayo de varias maneras. Era un intento por recapitular e incorporar diversas interpretaciones del pasado nacional; una síntesis experimental de las ideas que los mexicanos se hacían del apetito por lo exótico de Europa, desde el punto de vista comercial, industrial y artístico; un esfuerzo por lograr la combinación

apropiada de particularismo y universalismo; y, en fin, un ensayo mexicano sobre lo moderno⁵⁸. Desde el punto de vista del historiador, el Palacio Azteca se puede ver como una porción congelada del tiempo y espacio en la que se fosilizó un momento emblemático —de definición y experimentación— del intento de la elite mexicana por formular una visión de su pasado, presente y futuro⁵⁹.

El Palacio Azteca no era sólo el pabellón mexicano en la Exposición Universal de París 1889, sino más bien

Constituía la síntesis material de un momento de la escritura de la historia de México. Trazar la evolución de la concepción del palacio implica comprender lo que sintetizaba a fines del decenio de 1880 la larga disputa política e intelectual acerca del pasado indígena; la infraestructura historiográfica desarrollada a lo largo del siglo XIX y los instrumentos teóricos, retóricos y gráficos más recientes que fuera posible usar para desarrollar una abarcadora imagen nacional susceptible de ser enseñada y practicada⁶⁰.

Estas circunstancias configuran un precedente singular en la arquitectura que plasmará las reivindicaciones históricas de la nación después de 1900, aunque para entonces el paradigma arquitectónico propuesto por el palacio hubiese fracasado. La mejor prueba de dicho fracaso fue que ni siquiera se reedificó en la ciudad de México después de la Exposición Mundial de 1889.

Como visión específica de la historia mexicana, apunta Tenorio,

El Palacio Azteca constituyó una reacción a impulsos políticos y culturales tanto nacionales como internacionales. En cuanto a lo nacional el palacio era tan

56 Véase: Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 43.

57 Para el caso de Buenos Aires véase: Espantoso *et al.*, “Imágenes para la nación argentina...”, en *Arte, Historia e Identidad...* Tomo II. 1994 y Gutman, “Memorias y anticipaciones...”. Seminario: *El malestar de la memoria. Usos de la Historia*. 1995.

58 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 103.

59 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 104.

60 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 104.

elocuente y aún más vívido que el primer gran compendio general y global de la historia de México, *México a través de los siglos* (también completada en 1889). En cierto sentido, toda la nación fue cristalizada en un libro, al mismo tiempo que ejemplificada en un edificio, anulando disparidades internas, políticas, raciales y regionales⁶¹.

El acertado juicio de Tenorio expone, de forma magistral, dos de los grandes problemas que debieron resolver los porfirianos: “conciliar su pasado cercano y lejano” y moldearlo según el *canon* arquitectónico que dictara la modernidad. La cristalización de la nación en un libro, al mismo tiempo que ejemplificada en un edificio obligaba tanto a recordar como a olvidar selectivamente algunos episodios históricos completos. Si el Palacio surge como un portento de la ingeniería y arquitecturas mexicanas al finalizar la década de 1880, no fue sino una década después cuando el régimen ensayaría su propia pedagogía cívica mediante la adopción de un estilo arquitectónico propio, que valga decirlo, se encontraba muy lejos de las fuentes que habían inspirado al Palacio Azteca. No obstante, percibimos una manera concreta de escribir la historia cuyo objeto fue el de integrar y conciliar a la nación en una síntesis monumental que, como bien lo apunta Tenorio, tiene su parangón en la construcción del Palacio Azteca y afirma que

Las concurrencias entre el Palacio Azteca y *México a través de los siglos* muestran las fronteras dentro de las cuales se discutían en el Porfiriato los elementos para una historia de México nacional, homogénea, lógica y asimilable. Las reconstrucciones históricas anteriores del pasado de la nación no se habían reconciliado entre sí de manera que se lograra una historia abarcadora (única), ya sea cronológica, geográfica o ideológicamente. Los intelectuales porfirianos llegaron por fin a la deseada síntesis, la

cual destacaba dos cuestiones centrales: por una parte la creación de una religión cívica que tuviera una bien definida cronología y jerarquía de acontecimientos, así como un conjunto delimitado de héroes; por la otra la reconstitución del pasado indígena como un componente inherente de la nacionalidad mexicana [...] El proceso de diseño del Palacio Azteca era la resolución material del intrincado debate acerca de cómo hacer una nación moderna a fines del siglo XIX. La resolución llegó tras una larga negociación burocrática e intelectual. Se asignaron dos comisiones cuyo fruto fueron dos propuestas para el pabellón mexicano en París. Ambas propuestas no eran sino síntesis visuales, monumentales, de historias patrias escritas con anterioridad. Los dos proyectos buscaron inspirarse en estas historias, pero al mismo tiempo reafirmaban una nueva historia patria⁶².

Según la correlación establecida por Tenorio la síntesis histórica, buscada con elocuencia en la segunda mitad del siglo XIX, también abarca una dimensión estética y visual que se cristaliza en el palacio. Esta visión trasciende a dicho palacio y precede a la arquitectura instalada en los dos últimos lustros del régimen, que quizás un tanto deliberadamente, se quiso deslindar de las propuestas de aquellos “magos del progreso”. A diferencia de los magos que hicieron posible el Palacio Azteca, la responsabilidad de la arquitectura de principios del siglo XX le cupo a profesionales extranjeros que de algún modo contradecían el discurso artístico nacionalista de tan sólo 10 años antes, por cuanto:

El Palacio Azteca en París era la versión en acero [madera, cartón y yeso] de *México a través de los siglos*. En sus muros, así como en las exposiciones que albergaba, se repetía el relato contado por este nuevo texto de historia. [...] En

61 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 105.

62 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 106. *El destacado es nuestro.*

la obra se evidencia una voluntad consciente de volver a ordenar y reunir toda la historia de México en un solo libro según la versión de los liberales en el poder. Pero la empresa historiográfica de Riva Palacio era especialmente reflejada por los objetivos del Palacio Azteca en el sentido de que, dada su concepción original, el libro tenía la intención de presentar a México ante el mundo civilizado como una nación moderna: un libro de primera clase... para que sea conocido por todo el mundo ilustrado⁶³.

No fue otra la impresión que causó el Palacio Azteca entre los visitantes a la exposición de 1889. La lectura quizá sea un poco más compleja toda vez que el palacio pretendió eclipsar al Pabellón Español y a los pabellones erigidos por las repúblicas latinoamericanas. En otras palabras, México bajo la dictadura de Díaz había conquistado su sitio entre los países civilizados y estaba dispuesto a dar cuenta de su progreso.

El Palacio Azteca constituyó una forma arquitectónica experimental, la cual sería una y otra vez el punto de referencia del eterno debate sobre cómo representar a la nación. Es esta una discusión muy moderna en la que se enfrascó la elite porfiriana. Hacia 1900, con ocasión de otra Exposición Universal en París, México inaugura un pabellón de estilo neoclásico⁶⁴. Para entonces “el Palacio Azteca de 1889 se consideraba un fracaso contundente, juicio que no sólo se aplicaba al palacio, sino a todo el esfuerzo por crear un verdadero estilo arquitectónico inspirado en modelos prehispánicos”⁶⁵.

Sebastián B. Mier, encargado de los trabajos de México en París, 1900, sentenció que no existía un verdadero estilo arquitectónico

mexicano. En su opinión, imitar estilos prehispánicos resultaba igual de artificial e inútil que tratar de copiar las estructuras coloniales españolas⁶⁶. En ambos casos estaríamos en presencia de un falso histórico. El juicio emitido por Nicolás Mariscal acerca de la ausencia de una verdadera arquitectura mexicana en el “Desarrollo de la arquitectura en México”, 1900, no está lejos del criterio de Mier⁶⁷.

Un pabellón mexicano de estilo neoclásico en la Exposición Mundial de París, 1900, es sintomático de los estilos arquitectónicos que prevalecieron en la ciudad de México en los primeros lustros del siglo XX —que a nuestro juicio se convirtieron en emblemas y paradigmas del Porfiriato— con una trascendencia mayor que la atribuida al Palacio Azteca. Es esta la arquitectura emblemática del régimen que por sus características, aceptación y difusión adquirió un perfil nacional.

3. LA NACIÓN

¿Cómo la historia y la arquitectura contribuyeron a la idea de nación? Con la restauración de la República en 1867 se inicia el proceso de la invención de la identidad nacional y de una cultura por todos compartida. Esta condición precede al proceso que permite la consolidación del Estado Nacional.

Es imposible deslindar la difusión, escritura y enseñanza de la historia —cristalizada en el *México a través de los siglos*— de la propuesta arquitectónica adoptada por el régimen de Porfirio Díaz. La arquitectura que se erigió bajo el Porfiriato, dentro de una escala monumental y con el propósito de perpetuarse como la memoria del poder, puede ser concebida como una arquitectura emblemática y de pretendido carácter nacional. La arquitectura porfiriana expresó la idea de poder como ninguna otra expresión

63 Tenorio. *Artilugio...* 1998: 109.

64 Este pabellón prefiguraba lo que sería el desarrollo arquitectónico en los dos lustros posteriores con un énfasis mayor al impuesto por el pabellón de 1889.

65 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 143.

66 Tenorio. *Artilugio...*, 1998: 43.

67 Archivo General de la Nación. Folletería, Caja 48. Exp. 1183. Mariscal, “El desarrollo de la arquitectura en México” s/e. 1901.

artística contemporánea⁶⁸ y satisfizo plenamente el *status* que deseaba alcanzar la burguesía porfiriana. El lenguaje arquitectónico del régimen ofrece un índice iconográfico que pone de manifiesto el interés del gobierno porfirista en la buena administración. La novedad está dada por la creación de un programa de transformaciones arquitectónicas y urbanas, de patrocinio estatal, que inspirado en el devenir histórico de la nación se empeña en exhibir el *canon* de la modernidad. Estas transformaciones se hicieron sentir profundamente en la ciudad de México y fue en la expresión urbana y arquitectónica donde mejor se iban a traducir plásticamente las pretensiones estéticas del régimen de Díaz, que no nos distraigamos, alentaban también la idea de la nación moderna. El neoclasicismo traduce mejor que ningún otro estilo arquitectónico la pretensión de universalidad de la república decimonónica y esa capacidad que se le atribuye a lo representado lo podemos derivar de la lectura iconográfica de la Columna de la Independencia, del Palacio de Correos y, muy especialmente, del Palacio de Comunicaciones y Obras Públicas. La arquitectura neoclásica que apelaba tanto al movimiento historicista como racionalista y que fue adoptada por la república decimonónica latinoamericana recreaba ese vínculo eterno al que apelaban las “democracias occidentales”: la antigua Grecia. Dicha evocación se constituía no sólo en el ancestro más noble que legitimaba el parto de la nación liberal y republicana sino que apelaba también a su legado artístico y al que debía ser su estado natural: la paz. El régimen porfirista logró conciliar, con plenitud, estos tres factores. La exitosa participación de México en las exposiciones universales así lo corrobora. En la arquitectura que inauguró el Porfiriato en la ciudad de México privó una circunstancia

capital por cuanto marcó la pausa que impuso el Gobierno Federal a la provincia. El centralismo propiciado por el régimen se vio favorecido por la exaltación de la nación en la ciudad capital mediante una arquitectura de carácter monumental. Es la mítica Tenochtitlán renovada por el designio de quienes detentan el poder en diferentes épocas históricas.

La arquitectura del Porfiriato tuvo como referente a las grandes urbes de Occidente⁶⁹. La monumentalidad fue la clave, pues surgió un nuevo lenguaje arquitectónico que no compitió con las estructuras legadas por el virreinato y con las obras de los primeros tiempos de la República. El emplazamiento de los nuevos edificios y paseos evidenció una “puesta en escena” al realzar las perspectivas visuales de la ciudad⁷⁰. Dicha ciudad, a principios del siglo XX se habría convertido en el catálogo tangible de estilos artísticos del virreinato, de la República decimonónica y claro está, del Porfiriato. Al transeúnte de la calle Madero, en el Centro Histórico, no le es difícil apreciar el Palacio de Iturbide y las iglesias que lo custodian, como un tributo al barroco, y a los pocos pasos, impresionantes edificios porfirianos con sus techos a la *mansard*. Esta síntesis visual no

68 La pintura alegórica y conmemorativa, que celebra al México prehispánico y cortesiano también tuvo su momento. Además los edificios públicos se llenaron de alegorías tomadas del repertorio clásico de Occidente. Fue este el caso del Palacio de Comunicaciones y del impresionante despliegue de ornamentos, esculturas y pinturas alegóricas que colmaban el proyectado Palacio Legislativo Federal.

69 “Estas ciudades eran núcleos cosmopolitas, financieros y culturales que concentraban y combinaban tendencias nacionales e internacionales. Las ciudades cosmopolitas —París, Nueva York, Chicago, Londres— de fines del siglo XIX combinaban modas, hábitos y formas estéticas canónicas con el incontrolable caos de desigualdad, marginación y prácticas de sobrevivencia y protesta...”. Tenorio. *Artilugio*... 1998: 13-14.

70 Este es un punto que discute Rivas Mercado, en torno a la crítica del Palacio Legislativo Federal, toda vez que dicho palacio, en vez de ofrecer estas visuales desahogadas, lo hundían. En cuanto al realce de las visuales de la ciudad fue una idea que estuvo muy en boga en la transformación propuesta por Haussmann para París. Esta fue la razón que imperó en la exaltación de los principales monumentos y edificios mediante amplias perspectivas y planos radiales que convirtieron a la ciudad en el paradigma de la modernidad: véase: Jordan, David P. *Transforming Paris. The Life and Labors of Baron Haussmann*. Chicago: The University of Chicago Press, 1995.

se logra ni en el mismo Buenos Aires, pues en las primeras décadas del siglo XX derribó todo saliente de teja y balcón colonial.

La arquitectura emblemática se emplazó en lugares —lugares de la memoria— que por sus funciones se definieron como espacios públicos legados por el arribo de la modernidad⁷¹. La transformación de la urbe capitalina estaba comprometida con el cambio de las formas arquitectónicas y con el rompimiento de la traza urbana colonial. Después de 1877, primó la voluntad de la autoridad central de transformar en espacios públicos grandes secciones de la capital mexicana⁷². La ciudad capital era también la capital federal y por ende pasaban por allí los principales flujos del comercio, de las inversiones y de las comunicaciones. Además, y como complemento, funcionaba como el paradigma cultural de la nación moderna, modelo a seguir por la provincia. Las características que le imprime la modernidad a la urbe mexicana le permiten monopolizar, en todo su espectro, los atributos de la nación. La ciudad capital se erige, sobre los otros centros, como el epítome de la modernidad. La urbe mexicana en su versión porfiriana reprodujo un universo más vasto que era el que representaba a la nación. Es así como entendemos que el régimen además de haberse erigido sobre las lealtades y solidaridades tradicionales y modernas también dio paso a la exclusión de grandes contingentes de indígenas en los pueblos y a la marginación de los léperos urbanos. No obstante, a pesar de ser un régimen de exclusiones, el de Díaz ha sido calificado como un régimen moderno, a pesar de la ortodoxia impuesta por la Revolución.

La modernización experimentada en todos los ámbitos se interrumpe con la irrupción de la Revolución de 1910⁷³. Los intentos de organización de la oposición, en especial después de 1908, ponen en evidencia el resquebrajamiento de una estructura de poder, que hasta entonces muchos consideraban imperturbable. Pero el régimen no sobrevivió a la crisis política que supuso el problema de la sucesión presidencial, aunque en 1910, el señor presidente había sido reelegido unánimemente para el octavo mandato presidencial. No se habían acabado los ecos de los festejos del centenario cuando el 1° de diciembre de 1910 Díaz protestó para un nuevo período que debió acabar en 1916. Este último período constitucional de Díaz fue interrumpido, estrepitosamente, en el verano de 1911.

CONCLUSIÓN

En este artículo hemos valorado la articulación que pone en relación con la historia, la arquitectura y la nación durante el Porfiriato. La arquitectura del poder es una metáfora de los cimientos más perdurables del gobierno dictatorial de Porfirio Díaz y es un problema que interesa a la historia política renovada de la América Latina. El poder, la nación y las manifestaciones estéticas se entrelazan para imprimir su huella a una época histórica, cualquier época histórica. La especificidad que puede brindar la obra plástica a la argumentación histórica es todavía un territorio yermo toda vez que la historia del arte trabaja, las más de las veces, alejada de los procesos históricos que interesan al historiador. Como lo hemos visto fue primordial establecer el diálogo entre la historia y los artefactos arquitectónicos; entiéndase edificios y monumentos. Este diálogo recurre a la lectura de documentos que resultan extraños al historiador. La sobrevivencia de los testimonios tangibles, es decir, los monumentos

71 Es el caso de los orígenes de la Avenida de los Hombres Ilustres, cuya iniciativa se le atribuye a D. Mariano Riva Palacio. Velázquez Guadarrama, "La historia patria en el Paseo de la Reforma...", en *Arte, Historia e Identidad...* Tomo II. 1994.

72 El plan de reorganización de la urbe pudo ser tan agresivo como el considerado para Buenos Aires en el mismo período, pero en sus inicios el Porfiriato no contaba con el erario suficiente. Para el caso de Buenos Aires que ofrece, para el mismo período, su contrapunto con la ciudad de México véase: Espantoso *et al.*, "Imágenes para la nación argentina...", en *Arte, Historia e Identidad...* Tomo II. 1994.

73 Guerra. *México: Del Antiguo Régimen...*, 1988: 21 y Garner, *Porfirio Díaz...*, 2003. La interrupción de los trabajos en el Palacio Legislativo Federal, en el Panteón y en el Teatro Nacional ejemplifican esta situación.

cívicos y los edificios, apela a la idea de nación que se difunde hacia el interior de los distintos grupos sociales. Los vínculos que hemos logrado establecer entre el poder, la historia y las manifestaciones estéticas son determinantes en la invención de la nacionalidad. Sin derribar ni uno sólo de los emblemas arquitectónicos del Porfiriato la Revolución de 1910 se nutrió en el discurso del rechazo a la estética del “Antiguo Régimen”. Fue así como adquirió una dimensión universal el muralismo mexicano de la década de 1920.

Para quienes aclamaron a Díaz, la noche del Grito del 16 de septiembre de 1910, el gobernante y su investidura eran la más fiel representación de la patria. Pero Clío es pérfida y poco menos de 9 meses después el dictador partía a su exilio dorado en Francia, acompañado de una vasta comitiva de porfirianos prominentes y sus familias. Pensemos sólo un momento en el monumento conocido como El Ángel donde los mexicanos de casi 5 generaciones han celebrado sus triunfos electorales y futbolísticos. El Ángel de la Independencia es el más emblemático de los monumentos de la ciudad de México, y es un monumento porfiriano, por supuesto⁷⁴.

BIBLIOGRAFÍA

Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1991.

Beezley, William H., et ál. *Rituals of Rule, Rituals of Resistance. Public Celebrations and Popular Culture in Mexico*. Wilmington: Scholarly Resources, 1994.

74 El monumento a la Independencia o El Ángel consta de un amplio expediente en el Archivo del Distrito Federal, además ha merecido toda una serie de estudios iconológicos y de críticas artísticas y una que otra novela. Desdichadamente el emblemático monumento, emplazado en el Paseo de la Reforma, ha sido subsumido por su entorno arquitectónico, que lo ha empequeñecido visualmente.

Connolly, Priscilla. *El contratista de don Porfirio. Obras públicas, deuda y desarrollo desigual*. México: El Colegio de Michoacán, Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Cosío Villegas, Daniel. “La República Restaurada. La vida social”. *Historia Moderna de México*, t. III México: Editorial Hermes, 1956.

———. “El Porfiriato. La vida social”. *Historia Moderna de México*, t. IV. México: Editorial Hermes, 1957.

———. “El Porfiriato. La vida política interior” (Parte segunda). *Historia Moderna de México*, t. X. México: Editorial Hermes, 1972.

———. *Llamadas*. México: El Colegio de México, 1980.

Florescano, Enrique y Moreno Toscazo. Alejandra. *Atlas Histórico de México*. México: Siglo XXI Editores, 1983.

Florescano, Enrique. *Historia de las historias de la nación mexicana*. México: Taurus, 2002.

———. “La memoria de la consumación de la Independencia, 1821”. *Mimeografiado*, 1992.

———. *Memoria mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

———. “Patria y nación en la época de Porfirio Díaz”. *Revista Signos Históricos* 13, enero-junio. México: Departamento de Filosofía CSH/UAM/Iztapalapa, 2005.

———. *Imágenes de la Patria a través de los siglos*. México: Taurus, 2005.

- Guerra, François-Xavier. *México del Antiguo Régimen a la Revolución*. ts., I y II. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Guerra, François-Xavier y Lempérière et ál. *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México: Fondo de Cultura Económica y Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1998.
- _____. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Editorial Mapfre y Fondo de Cultura Económica, 1997.
- _____. “El renacer de la historia política: razones y propuestas”. *Revista Historias* 54. Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia. México DF, 2003.
- Hale, Charles. *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*. México: Vuelta, 1991.
- Jordan, David P. *Transforming Paris. The Life and Labors of Baron Haussmann*. Chicago: The University of Chicago Press, 1995.
- Katzman, Israel. *La arquitectura contemporánea mexicana. Precedentes y desarrollo*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1963.
- _____. *Arquitectura del siglo XIX en México*. México: Centro de Investigaciones Arquitectónicas. Universidad Autónoma de México, 1973.
- Knight, Alan. *La Revolución Mexicana* 2. México: Grijalbo, 1996.
- Krauze, Enrique. *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*. México: Tusquets Editores, 1997.
- Mariscal, Nicolás. “El desarrollo de la arquitectura en México”. S/l. s/e. 1901.
- Matute, Álvaro. *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Nora, Pierre. “De l’archive a l’emblemme. L’ére de la commémoration”. *Les lieux de mémoire. La Nation*. Paris: Gallimard. 1992.
- Ortega y Medina, Juan A. et ál. (Coordinación General). *El surgimiento de la historiografía nacional* 3. Coordinación: Virginia Guedea. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997.
- _____. (Coordinación General). *En busca de un discurso integrador de la nación 1848-1884*, 4. Coordinación: Antonia Pi-Suñer Llorens. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Ortiz Monasterio, José. *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Universidad Iberoamericana, 1993.
- _____. *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- _____. “Patria”, *tu ronca voz me repetía...* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1999.
- Pani, Erika. *Para mexicanizar el Segundo Imperio. El imaginario político de los imperialistas*. México: El Colegio de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001.

- _____. *El Segundo Imperio. Pasados de usos múltiples*. México: Centro de Investigación y Docencia Económica, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Palti, Elías José. *La invención de una legitimidad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Rabasa, Emilio. *La evolución Histórica de México. Sus problemas sociológicos*. México: Ediciones Frente Cultural, 1920.
- _____. *La evolución Histórica de México*. México: UNAM y Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1986.
- Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Hannover: Ediciones del Norte, 1984.
- Renan, Ernesto. *¿Qué es una nación?* Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1957.
- Riva Palacio, Vicente. *Cuentos del General* (compilados por José Ortiz Monasterio). México: Coedición del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1997.
- _____. *El libro rojo*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989.
- _____. *Los Ceros (Galería de Contemporáneos)*. México: Coedición del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Mexiquense de Cultura, Instituto de Investigaciones José María Luis Mora, 1996.
- _____. *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*. Tomo VI y Tomo VII. México: Editorial Cumbre, SA. 1987-1988.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo XXI Editores, 1984.
- Sierra, Justo. *Apuntes para un libro: México social y político*. México DF.: Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Dirección General de Prensa, Memoria, Bibliotecas y Publicaciones, 1960.
- _____. *Evolución política del pueblo mexicano*. México: Editorial Porrúa, 1998.
- _____. *Obras Completas IV. Periodismo Político*. México: Universidad Autónoma de México, 1991.
- _____. *Obras Completas VIII. La Educación Nacional*. México: Universidad Autónoma de México, 1991.
- _____. *Obras Completas IX. Ensayos y textos elementales de Historia*. México: Universidad Autónoma de México, 1991.
- _____. *Obras Completas Tomo XII. Evolución política del pueblo mexicano*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.
- Sosa, Francisco. *Las estatuas de la Reforma. Noticias biográficas de los personajes en ellas representados*. México: Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1900.
- Starobinski, Jean. *1789, los emblemas de la razón*. Madrid: Taurus, 1988.
- Tenembaum, Barbara. "Streetwise History: The Paseo de la Reforma and the Porfirian State, 1876-1910". Beezley, W., et ál.,

Rituals of Rule, Rituals of Resistance. Public Celebrations and Popular Culture in Mexico. Wilmington: Scholarly Resources, 1994.

Tenorio, Mauricio. *Crafting a modern nation. Mexico: Modernity and nationalism at World Fairs. 1880's-1920's.* [Tesis doctoral]. University of Stanford, 1993.

———. "1910 Mexico City: Space and Nation in the City of the Centenario". *Journal of Latin American Studies* 28. Cambridge University Press, 1996.

———. *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930.* México: Fondo de Cultura Económica, 1998.

Vázquez, Josefina Zoraida. *Nacionalismo y educación en México.* México: El Colegio de México, 1979.

Zamacois, Niceto de. *Historia de Méjico desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, escrita a la luz de todo lo que de irrecusable han dado a luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos, no publicados todavía, tomados del Archivo Nacional de Méjico, de las bibliotecas públicas, y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en los conventos de aquel país.* Diez y ocho tomos en veinte volúmenes. Barcelona/México: J. Parres y Compañía Editores, 1882.

Zárate Toscano, Verónica. "El lenguaje de la memoria a través de los monumentos históricos en la ciudad de México (Siglo XIX)". *Séminaire: "Cultures et sociétés de l'Amérique coloniale, XVIe-XXe siècle"*. 2001.